
Nuestro sueño está en escarpado lugar*

Marta Acevedo

El miércoles 26 de agosto de 1970 en San Francisco, California tuvo lugar un extraordinario mitin en Union's Square, plaza principal de San Francisco, para celebrar el cincuentenario de la emancipación de la mujer que en 1920 obtuvo derecho al voto en los Estados Unidos. Marta Acevedo que vivió y trabajó cuatro años en Pasadena, California, hizo el viaje especialmente para participar en la manifestación y lograr este ensayo. Convivió con un grupo de jóvenes mujeres norteamericanas y obtuvo una información que sólo puede dársele a una amiga ya que la gran prensa suele desvirtuar o pasar por alto las noticias dadas, y en este caso, con mayor razón porque los movimientos de la mujer suelen provocar la hilaridad masculina.

Aquí en México nos enteramos de esta manifestación por las crónicas en la prensa en que se nos advertía que las mujeres habían tirado a los basureros callejeros brasieres, fajas, tubos de labios, lápiz de cejas, pestañas postizas, maquillajes y demás afeites esclavizantes. Pero nada se nos dijo de los propósitos y los logros de este movimiento.

Los hombres suelen preguntarse: "¿Qué quieren las mujeres? ¿De qué se quejan?" Los más condescendientes abren los brazos para soltar a la presa y se frotran las manos: "A ver... Ya están solas... A ver, hagan lo que quieran... Están ustedes libres". Marta Acevedo nos dice que este movimiento de mujeres pide una sola cosa; que desaparezcan los papeles "masculino y femenino" y nos plantea en este ensayo uno de los problemas que mayores comentarios suscitan junto a los otros movimientos de liberación.

E.P.

* Publicado en *La Cultura en México*, Suplemento de *Siempre!*, septiembre 30 de 1970, núm. 901. A esta versión la autora le ha corregido las erratas que aparecieron originalmente. Asimismo la pequeña introducción lleva las iniciales de Elena Poniatowska, que fueron omitidas la primera vez que se publicó.

Quiero una esposa. Quiero una esposa que trabaje mientras yo estudio, cuide a los niños y esté pendiente de las citas con el dentista. Quiero una esposa que alimente bien a mis hijos y los mantenga limpios. Quiero una esposa que se encargue de la casa, vigile las tareas escolares, lleve a los niños al parque y... quiero una esposa que atienda a los niños cuando están enfermos, yo estoy estudiando. Quiero una esposa que tenga la ropa planchada y limpia, zurcida y guardada y mis objetos personales ordenados de tal modo que los pueda encontrar cuando los necesite... Quiero una esposa que planee dietas balanceadas, económicas y por supuesto que cocine bien, haga las compras, limpie el piso y lave los trastes —mientras estudio—... Quiero una esposa que no se queje y sepa escucharme cuando algo no va bien, que atienda los detalles de mi vida social y la lleve bien con mis amigos... Quiero una esposa que entienda mis necesidades sexuales y no demande atenciones cuando no estoy de humor... Quiero una esposa que asuma la responsabilidad del control de la natalidad pues no deseo más niños; una esposa que permanezca fiel pues no quiero que los celos perturben mi trabajo intelectual... Quiero una esposa que entienda que, después de todo, no debo adherirme estrictamente a la monogamia; y si por casualidad encuentro una persona más apta para desarrollar este papel, deseo tener la libertad de reponerla. Naturalmente espero que ella se haga responsable de los niños. Cuando termine la escuela y tenga un trabajo, quiero que mi esposa deje el suyo para dedicarse de lleno a los quehaceres de la casa.

¡Dios mío, quién no quiere una esposa!

El que este texto (abreviado aquí) fuera escrito y dicho por una mujer —Judith Brady—, el ritmo que le impusiera a la lectura y la respuesta del público, hizo de él uno de los más frescos, ligeros y llenos de humor de los que se pronunciaron en el mitin de San Francisco el 26 de agosto pasado, cuando celebraban el cincuentenario de la obtención del sufragio femenino.

Sin embargo el texto señala los elementos opresivos de cada día, pequeñas gotas de agua que van minando la personalidad de la mujer como ser humano, rutinaria función que jamás termina. El trabajo de la mujer nunca se acaba.

Uno de los propósitos de la celebración del 26 de agosto fue el

de protestar en contra del papel que la sociedad ha impuesto a la mujer, de esclava de las apariencias, de responsable de los quehaceres caseros; de fiel observadora de las necesidades del hombre. Ese día se declaraban en huelga y se arrojarían a basureros los objetos representativos de su opresión.

En el mitin estuvieron representantes de varios grupos: Carmen Alegría habló por las chicanas. Comentó que las responsabilidades que Judith mencionaba no deberían recaer en una persona y que el Estado debía absorber muchas de ellas. Subrayó después la necesidad de una apertura en la educación y los medios que faciliten la comunicación y alternativas de trabajo de las mujeres chicanas. Aileen Hernández de NOW (Organización Nacional de Mujeres) trató de problemas generales del movimiento: guarderías, salarios y oportunidades laborales, opresión psicológica, etc. La representante del primer sindicato de mujeres se extendió sobre temas laborales: igual paga para trabajos iguales, leyes extensivas que protejan a todas las trabajadoras. La triple opresión de las mujeres negras tuvo su vocera en Julia Hare. Una representante de *Gay Women* expuso con suficiente ironía la situación de sus compañeras.

Dos representaciones teatrales dijeron mucho. Una con sólo la mímica dio perfecta cuenta de “una velada familiar”; la segunda que relató la historia de la mujer valiéndose de una narradora, un coro y metros de manta ilustrada por Dianne Echeverría, obtuvo tal ovación del auditorio que se repitió al final.

La reunión duró casi tres horas con un público cada vez más numeroso. Mujeres de todas edades, unas con niños (del otro lado de la plaza se organizó una función de guiñol especialmente para ellos); hombres jóvenes, empleados que salían a comer —casi la mitad de la concurrencia estaba formada por hombres— se quedaron a escuchar, ya que la prensa y en general los medios de difusión, han sido parciales; éstos han distorsionado situaciones o han tomado declaraciones particulares, hechas al calor de la indignación moral o política, para hacerlas extensivas a todo el movimiento feminista. Yo esperaba una reacción hostil o de indiferencia y resultó que realmente escuchaban con interés.

Al empezar el mitin un joven homosexual exhibicionista cargaba una pancarta cuyo significado no era claro para un niño de nueve años y su madre no encontraba qué decirle; se leía: ABAJO LAS LESBIA-

NAS RADICALES. Realmente era sorprendente, dada su opción sexual. Su protesta fue respetada hasta el momento en que sus gritos interrumpieron a una de las representaciones; el público exigió que se le sacara y entre cinco muchachas lo hicieron. Aplauso general. Dos hombres no muy viejos comentaban: Mi mujer en la vida se metería en esto.

—Pues la mía que ni lo intente...

Una pareja de japoneses intercambiaban frases frecuentemente; por su expresión creo que la mujer aprobaba muchas cosas. Al final ella hablaba y su pareja escuchaba. Había abuelas deseándonos suerte en este movimiento, aunque les escandalizaba un tanto la posición de debate abierto sobre la cuestión sexual. El mitin, organizado y estructurado por mujeres, tuvo un sabor especial. Las oradoras exigieron y expusieron con firmeza situaciones, pero las subrayaba cierta ironía y desenvoltura. Se tuvo muy en cuenta qué se iba a decir, cómo se iba a proceder y cuánto tiempo iba a tomar, lo que produjo un equilibrio armonioso a pesar de las múltiples tendencias de los grupos representados.

Los sesenta década de liberación

Mientras el colectivismo no sea más que la generalización del individualismo, el problema queda en pie: ... algo se mueve en lo más recóndito de la vida humana y trata de lograr acceso al lenguaje y a la acción. La perspectiva de la liberación económica y política, racial y nacional se articula con la perspectiva de la liberación de la mujer y de la liberación erótica, de la liberación de las fuerzas humanas en general.

Kostas Axelos

Junto con el movimiento de los negros, el latino, el de los indios americanos, el de los anglosajones pobres, el de las mujeres viene a completar la cristalización pública de los grupos oprimidos en los Estados Unidos. Cada uno de ellos ha descubierto la naturaleza de su opresión y los medios para combatirla. Para la mujer ese descubrimiento ha redundado en la pérdida del miedo a la rebelión, en una toma de conciencia y en intentar soluciones que la lleven a la formación de una mujer integral.

En cuatro años las mujeres han creado grupos diferentes: la

Organización Nacional de Mujeres (NOW), principalmente de clase media; las que luchan por igualdad de derechos académicos y profesionales; las que sostienen que pueden lograr sus fines aun dentro del sistema capitalista, los grupos que se identifican con la izquierda y las mujeres que militan en organizaciones como *Black Panthers* o *Red Power*. Básicamente las une el Movimiento de Liberación de la Mujer. Este se ha ido estructurando sin rigideces, gracias a su carácter heterogéneo y complejo, en él tienen cabida grupos de varias tendencias y grados de radicalización. De cualquier forma sus puntos de vista y propósitos vienen a cuestionar las bases de una estructura milenaria que concierne al cincuenta por ciento de la población mundial.

La liberación de la mujer es un movimiento para el cambio, para la transformación de la sociedad y para la transformación de cada una de sus integrantes. Una lucha de la mujer por dejar atrás el papel que la sociedad le ha impuesto: objeto de burla y consumo, objeto de explotación.

La liberación de la mujer encierra posibilidades de cambio que atañen muy de cerca la estructura del sistema. Tanto en lo político y sexual como en lo económico y social, la sociedad tendrá que ser fundamentalmente reorganizada y esto se obtendrá por la oposición colectiva y la transformación de las relaciones de producción y de las instituciones. Se trata de modificar actitudes y papeles que definen y refuerzan la opresión de la mujer.

La liberación de la mujer es básica, porque para lograrlo necesariamente tiene que incluir al hombre, a la familia y al trabajo. La mujer encierra un potencial enorme ya que su opresión proviene de su sexo, posición social y raza. En el caso de la blanca de clase media la opresión es sólo manifestación de su sexo; en el de la obrera negra la opresión es triple. La liberación de la mujer representa la innovación más amplia, personal, y genérica, con repercusiones en todos los niveles: desde la estructura económica hasta los hábitos caseros, desde una auténtica búsqueda de identidad para los dos sexos, hasta el trabajo visto como gratificación placentera de una necesidad; desde un enfoque diferente de la educación de los niños hasta la abolición del día de la madre y toda la falsa imagen de la mujer.

Ronronea gatita, ronronea

No es extraño por tanto, que el movimiento de las mujeres con sus exigencias y puntos de vista, sus planteamientos y acciones, haya levantado protestas, rechazos, burlas y hasta bostezos, o contramovimientos como el de Santa Bárbara que invita a celebrar el "Día de la femeneidad" el 30 de septiembre cuando la "esposa cantará vestida con el más coqueto atuendo y le servirá el desayuno a su marido en la cama..."; o la creación del grupo de Nueva York cuyo lema es "*Purr baby, purrr*"; y aún el del MOM (Men Our Masters), ampliamente publicitado.

Los factores sociales para el nacimiento de una lucha de la mujer están dados. Marlene Dixon apunta tres principales: Primero, "el número creciente de mujeres que trabajan —poco más de la tercera parte de la fuerza de trabajo— y su desplazamiento de puestos de trabajo de mayor prestigio: en 1940 las mujeres ocupaban el 45% de posiciones profesionales y técnicas, en 1967 sólo el 37%. En 1968 el salario medio anual por trabajar tiempo completo era para el hombre blanco 7,870 dólares; 5,314 para los no blancos; 4,580 para la anglosajona y 3,487 para los otros grupos étnicos. Una mujer necesita un título universitario para ganar lo que un anglosajón gana teniendo una educación secundaria. Hasta en las profesiones tradicionales como el magisterio, de cada 10 maestros de escuela primaria, 2 son hombres; de cada 10 directores de escuelas primarias, 2 son mujeres". Por desarrollar trabajos iguales la paga es diferente y se ha formado una mística alrededor de actividades donde la mujer "es más eficiente" o "está hecha para ellas", perforar millones de tarjetas, lubricar la burocracia con mil oficios, como recepcionista o enfermera; trabajos fácilmente reemplazables por lo mecánico del proceso, pero que dadas las demandas del mercado son las posiciones más solicitadas. Esto ha llegado a formar un concepto general de predestinación. La mujer sirve para esto y para esto otro.

La opresión de la obrera no es sólo económica sino psicológica: la ignominia de ser pobre, ignorante, débil, enajenada por el trabajo, más los quehaceres de la casa, el cuidado de los niños y el trato brutal que el marido generalmente le da —sin contar las condiciones del *ghetto*, si pertenece a grupos de color. Estos factores no son sólo formas de opresión en sí mismas sino que doblegan toda energía o posibilidad de lucha. Y como si esto no fuera suficiente, la obrera

tiene además la negativa de sus pares sindicalistas a considerarla como igual. Ellos la ven ante todo como mujer y sus problemas específicos no los integran dentro de su lucha.

El vino del matrimonio se avinagra

Otro de los factores que apunta Dixon gira alrededor del matrimonio y la vida en los suburbios: se estaba avinagrando; una generación despertó para ver a sus hijos crecidos y un desierto por delante, interrumpido por sesiones de *bridge*; y para el ama de casa joven, la rutina era una contradicción entre sus sueños adolescentes de amor romántico y el papel totalizador de madre y esposa”.

Mucho se ha manoseado la idea de que el Movimiento de Liberación de la Mujer es de la blanca de clase media o del ama de casa. ¿De qué quiere liberarse si vive en un matriarcado, si su situación económica es envidiable? El que no estén súper explotadas como las obreras no quiere decir que no compartan con ellas las formas psicológicas de opresión: de ser objetos sexuales, de trabajo pasivo y mecánico, de objetos de consumo, etc. No se puede tener una visión sólo de clase de la opresión de la mujer; hay relaciones y puntos de apoyo sobre los que se tiene que investigar y profundizar. Hay muchas cuestiones en común para que luchen unas y otras.

El último factor tiene que ver con los derechos civiles: “El movimiento de derechos civiles que luego se convirtiera en la nueva izquierda, vino a desintegrarse por disidencias políticas y también por actitudes frente al papel de los sexos en el movimiento; a la mujer se le encomendaban tareas caseras —el café, la limpieza, el mimeógrafo y su participación en la planeación o toma de decisiones era limitada”.

El problema de la “separación” de las mujeres en un movimiento independiente al de la izquierda demanda reflexiones más extensas. Apuntemos sólo dos preguntas: ¿Cuándo los grupos de izquierda, desde las Panteras Negras hasta los de trabajadores y estudiantes han incluido en sus protestas y programas de acción, problemas que conciernen a las mujeres que militan en ellos? ¿Es necesario un movimiento donde la mujer se desarrolle independiente del hombre cuando la lucha principal está “en la batalla contra el racismo y el imperialismo”?

Como todo movimiento joven, el de la mujer comenzó a organizarse lentamente, venciendo miedos y obstáculos. Hoy, se encuentran grupos de liberación de la mujer más o menos radicales en muchas ciudades importantes.

*Hay que transformar el trabajo doméstico privado
en una industria pública*

El tan poco reconocido movimiento sufragista y feminista que luchara durante un siglo consiguió hace cincuenta años el voto, la plena ciudadanía, pero las trabas económicas, sociales y culturales permanecen. Hasta hace unos años se comenzó a discutir la posición desventajosa de la mujer; la educación diferenciada; el papel desarrollado en la familia; la explotación sexual y psicológica; pero ¿son esos los problemas principales o derivan de uno más general?

A pesar de la diversidad y combinaciones posibles de las integrantes del Movimiento de Liberación: amas de casa, trabajadoras, clase media blanca, chicanas, negras, estudiantes, o indias americanas, a todas ellas las une un factor. A través de la familia la mujer proporciona al sistema gran cantidad de trabajo no remunerado, derivándose de ésta muy especial relación con la producción sus problemas personales y sociológicos. Analicemos un tanto el problema. La economía política no tiene una definición estructurada para el grupo "mujer" a pesar de que sobre ella —en un 51%— descansa la superestructura que conocemos. Ernest Mandel apunta un camino cuando expone que en nuestra sociedad sólo hay dos productos que tienen valor de uso pero no valor de cambio. Es decir, tienen utilidad, sirven, pero no se paga por ellos. Dichos productos son los que el campesino utiliza para consumo propio y *el trabajo que la mujer realiza en la casa*. Cada comida que se prepara, el lavado de trastos o el cuidado de niños, es trabajo, constituye producción pero no producción para el mercado. Margaret Benston, de la Facultad de Química de Simon Fraser, define a la mujer como "la persona responsable de la producción de valores simples asociados a la casa y la familia". El énfasis que se ha puesto en calificar el trabajo doméstico como marginal, es una manera de eludir el problema básico. El trabajo que hace la mujer es *diferente* del que hacen los hombres, no es marginal, simplemente no se paga. De esto se desprende el *status*

inferior de la mujer que vive en una sociedad donde el dinero determina los valores y no recibe, por desarrollar el papel que ésta le impone, remuneración alguna, al contrario del hombre que trabaja por dinero. Esto definitivamente ha influido en la organización de la sociedad; Engels, en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* dice... "con el nacimiento de la propiedad privada, la producción pertenecía al hombre; la mujer participaba en su consumo pero no en su propiedad. La división de trabajo en la familia había sido la base para distribuir la propiedad entre el hombre y la mujer; aquella continuaba siendo la misma pero ahora trastornaba por completo las relaciones domésticas existentes por la sola razón de que la división del trabajo fuera de la familia había cambiado. El trabajo doméstico perdía su importancia comparado con el trabajo productivo del hombre; éste lo era todo, aquél un accesorio. Esto demuestra ya que la emancipación de la mujer y su igualdad con el hombre son y seguirán siendo imposibles mientras permanezca excluida del trabajo productivo social y confinada dentro del doméstico que es privado. La emancipación de la mujer no se hace posible sino cuando ésta puede participar en gran escala, en escala social en la producción y el trabajo doméstico no le ocupe más que un tiempo insignificante. Esta condición sólo puede realizarse con la gran industria moderna, que no solamente permite el trabajo de la mujer en vasta escala, sino que hasta lo exige y tiende más y más a transformar *el trabajo doméstico privado en una industria pública*" (Subrayado de M. A.).

E irónicamente, para la mujer que se ha incorporado al trabajo en la sociedad, para la que produce bienes y valores de cambio, el hacerlo le cuesta doblemente, extendiéndose la situación a las sociedades socialistas donde no existe la industrialización del trabajo doméstico.

"La mujer perfecta"

Con poca imaginación, el advenimiento de esta forma de industrialización nos hace temer la pesadilla de "grandes orfanatos y cuarteles". La producción de bienes en gran escala elimina la duplicación de labores que existía en la sociedad preindustrial; y en varios aspectos podríamos referirnos a la familia actual como a un estado

preindustrial: muchas mujeres desarrollan la misma labor para unos cuantos —producción privada— duplicándose por miles el esfuerzo y atención, que resulta de una eficiencia discutible. También la mujer cumple múltiples funciones: educadora, lavandera, cocinera, administradora, relaciones públicas, sexuales, etc.; y por último el hecho de que entre los atributos de la mujer no se subraye el éxito económico, hace comparable su actividad y características a las de las unidades preindustriales donde “la producción en pequeña escala la desarrollaban grupos muy parecidos unos entre otros; organizados a manera de comuna. Perseguían propósitos religiosos, educativos, recreativos, sexuales, así como económicos; en tales casos los atributos deseables en un individuo, los que le daban prestigio, eran juzgados más que por criterio económico, por su conducta apropiada para con la comunidad o su diligencia para cumplir sus obligaciones”.

La industrialización en sí misma es un bien; la explotación y deshumanización en las relaciones de producción que se dan en la sociedad capitalista no son características inherentes a ella de tal manera que la transformación del trabajo doméstico en una industria pública se tiene que comprender teóricamente y en la experiencia, para encontrar los fragmentos que remitan a una totalidad, en sí misma abierta y fragmentaria a su vez. En una sociedad donde el trabajo se realice en función del ser humano y no de intereses de una minoría, la industrialización del trabajo puede resultar una apertura enriquecedora: convivencia en múltiples niveles, cocina en tanto que arte, educación inteligente y cuidado de los niños por personas adecuadas, arquitectura ambiental y planeación urbana congruente; en fin, nuevas formas de relación que la familia presente no alcanza a cubrir.

Relación entre los sexos

Si alcanzamos a deslindar los hechos básicos que determinan la historia de la humanidad nos encontramos fundamentalmente con tres que se entrelazan y conforman las relaciones naturales y sociales. Por un lado está la producción de bienes que satisfacen las necesidades primarias: comida, alojamiento, vestido, etc.; ésta a su vez conduce a implantar instrumentos que satisfagan las primeras nece-

sidades y otras nuevas; a ellas se liga un tercer tipo de relación: la del hombre con la mujer, la de los padres e hijos, la familia. Nos unen tanto lazos naturales como sociales y por esta razón la relación que guardemos con la producción de bienes, determinará intensamente las relaciones entre seres humanos en general y las relaciones sexuales en particular.

Lo mismo en el trabajo productivo que en el reproductivo, cuando surge la división de trabajo enajenado, el oprimido se resiste al opresor; pero a nivel de juego reproductivo, los contrarios se atraen y por la conjugación extrema de sus diferencias, nace el ser humano.

La relación sexual viene a ser la primera división del trabajo, y quizá la única época en que no estuvo alienada fue cuando el cazador, ese guerrero salvaje, compartía con la mujer las tareas para sobrevivir, cuando cada uno poseía sus instrumentos de trabajo, cuando las tareas dentro y fuera del hogar gozaban de la misma importancia. En una etapa más avanzada, el hombre se dedica a la cría de ganado, pastor engreído por su riqueza, va a necesitar de personas que vigilen y lo cuiden: la familia no es suficiente ya que el ganado se multiplica más aprisa. Ahora los prisioneros de guerra a los que en el pasado se les liquidaba o pasaban a formar parte del clan vencedor, desarrollarán este trabajo. La nueva riqueza adquirida —esclavos y ganado— viene a darle al hombre una posición de fuerza que utilizará para cambiar la costumbre de herencia por línea materna en el clan. Según ésta, a la muerte del propietario, los rebaños pasaban a sus hermanos, hermanas e hijos de ellos; sus propios hijos quedan desheredados pues los incluye el clan de la madre. Así en tanto no se invalidara la filiación según el derecho materno, los hijos no heredaban los bienes del padre.

Como escribió Bebel: “el derrocamiento del derecho materno fue la gran derrota de la mujer en todo el mundo, el hombre empuñó las riendas de la casa, la mujer se vio relegada; convertida en la servidora, la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción. A través del tiempo esta situación ha sido revestida de formas más suaves, pero no, ni mucho menos, abolida”.

¿No fue Eva la culpable?

Monogamia por parte de la mujer y esclavitud, discriminación sexual y racial, dos clases de opresión que aún sobreviven, nacieron de la concentración de riquezas en un hombre que no podía manejarlas por sí mismo y de su deseo de transmitir las a sus hijos y sólo a ellos.

La monogamia representó un progreso en la historia del hombre, al mismo tiempo inaugura, juntamente con la esclavitud y la riqueza concentrada, la época que dura hasta nuestros días y en la cual cada progreso es al mismo tiempo un regreso relativo, puesto que el bienestar y el desarrollo de unos se basa en el dolor y la opresión de otros.

La monogamia entraña dos contradicciones: por un lado mantiene y aprueba en provecho sólo de los hombres, el comercio extraconyugal, de éstos con las mujeres no casadas (heterismo) y luego su forma más extrema, la prostitución. Frente a esta actitud se encuentra la mujer abandonada y el adulterio como escape, éste sí altamente castigado, legal y socialmente.

Y la evolución del matrimonio: desde el romano donde el hombre aseguraba la fidelidad por el derecho de vida y muerte sobre su mujer; al matrimonio para perpetuar linajes; al impuesto por los padres; o al matrimonio por incompetencia y el matrimonio por dependencia donde la mujer no alquila su cuerpo por un tiempo, sino para siempre. No llegamos todavía al matrimonio por lazos auténticos de amor, ya que la propia naturaleza de la monogamia se basa en la supremacía del hombre. Y si la legislación moderna va igualando los derechos y deberes de ambas partes, esto queda sólo en el papel, ya que se desentiende de como se llegó a ese acuerdo y de cómo se va a expresar ese consentimiento. ¿Es que puede haber igualdad en un núcleo donde la división del trabajo produce el predominio de uno?

Cuando el matrimonio no se funda en la posición social, en la conservación y transmisión de fortuna, como sucede entre el proletariado, desaparecen los fundamentos básicos de la monogamia clásica. En este caso lo que se toma en cuenta son las relaciones personales y sociales; la supremacía del hombre no proviene de lo económico ya que la mujer es, muchas veces, el sostén parcial (o total, otros) de la familia; la supremacía del hombre se caracteriza aquí por el trato brutal que le da a su mujer.

Y hasta hoy en día, propiedad privada, matrimonio, familia,

son los fundamentos prácticos sobre los que se basa la dominación de la burguesía; siguen existiendo y permanecen relativamente intactos ya que la sociedad civil los presupone y el desarrollo progresivo de la propiedad privada los necesita y configura.

Lamentablemente no es la validez de la autonomía del núcleo familiar y de cada uno de sus integrantes lo que establece los lazos de unión, sino los intereses de dinero, el aburrimiento, el vacío de la vida enajenada.

Reflejar lo universal en lo concreto

Por el contrario, si como plantea Marx “el hombre se considera como hombre y su relación con el mundo como relación humana, entonces puede cambiar el amor únicamente contra amor, la confianza contra la confianza”. “Cada una de tus relaciones con el hombre y con la naturaleza debe ser una manifestación determinada, correspondiendo al objeto de tu voluntad, de tu vida individual real. Si quieres, sin provocar, un amor recíproco, es decir si tu amor como amor no produce amor a cambio, si manifestando tu vida, no enajenándola por su exteriorización, como hombre amante, no haces de ti un hombre amado, entonces tu amor es impotente, una fuente de desdicha”.

Esto supone hombres y mujeres no enajenados por la posesión de objetos, personas que reconozcan sus necesidades verdaderamente humanas, o sea las que enriquecen su cambiante existencia. Pero dentro de la propiedad privada sucede a la inversa: las necesidades se crean arbitraria y artificialmente sobre otro, creando una dependencia en cadena. La masa de objetos extraños despoja al ser humano de su autoconciencia, dejándole tan sólo su envoltura. Y cabe preguntarse hasta qué punto la multiplicación de las necesidades crea debilidad, hasta qué punto engendran carencia de satisfacción, hasta dónde empobrecen su vida interior y menos se pertenece a sí mismo. Y no nos referimos a un ascetismo o carencia de bienes, sino a la falta de medida, al despojo del esfuerzo ajeno que la propiedad privada conlleva. El cambio en la forma y el contenido de las relaciones humanas, la superación de la enajenación —entre otras la erótica— conducirá al hombre a reconciliarse con su existencia humana, es decir social.

Si bien Marx escribe que “la más alta función del cuerpo es la actividad sexual”, no la limita de ninguna manera a lo simplemente animal. Lo siente como un camino de liberación de lo verdaderamente humano; un intento de reflejar lo universal en lo concreto.

Sexualidad verdadera y amor, fuerza absoluta, rica en propósitos y significados. No está escrita, es la cosa misma, apresada viva y en su todo; está hecha y de ningún modo hecha, está dicha y de ningún modo dicha. No puede existir construcción teórica acerca del amor a propósito del amor; se trata ante todo de desalienar lo que impide que brote la relación amorosa. Lograr una apropiación real de la naturaleza, entre el hombre y la mujer, resolver el antagonismo entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y la mujer, entre la existencia y la autoconciencia, entre la libertad y la necesidad.

Conclusión

La liberación de la mujer —que en América Latina tendrá que plantearse— nos lleva a realizar un análisis exhaustivo de nuestra índole; llegar a un lenguaje y acción nuestros, profundamente revolucionarios pues ha sido la estructura que padecemos la que ha propiciado y conservado los “valores” que hoy por hoy nos conforman. La decisión de modificar está latente, falta que cada mujer tome conciencia de sus potencialidades, *esté dispuesta a resolver colectivamente sus problemas* y demuestre su capacidad creadora no sólo en la maternidad sino en todos los actos de su vida.

* * * * *

TESTIMONIOS

Durante dos semanas, conviví y hablé con varias mujeres y se estableció una relación fácil y directa. Algunas están obsesionadas con la idea de que el hombre es el responsable, el enemigo, son las *man-haters*, una etapa necesaria y transitoria creo, para muchas de ellas. Están también las que participaron en organizaciones políticas mixtas (SIS y NCCR) y extrañan el rigor de una estructura, la mayoría son estudiantes blancas, las negras que con una fuerza poco común luchan en dos frentes; las que con imaginación quieren redescubrir las potencialidades de la mujer por otras vías y las que sienten el movimiento profundamente, amas de casa por ejemplo. He aquí algunos de sus puntos de vista:

Acerca del aborto

¿Por qué no podemos tener control sobre nuestros cuerpos? ¿Por qué debe haber una ley que designe si te puedes hacer una operación o no? ¿Por qué debe haber una regulación legal de tu vida intrauterina? ¿Por qué no legislan mejor la operación del apéndice? Es absurdo. Además esto es un problema personal que tiene que ser tratado exclusivamente entre tú y tu médico. La ley debe desaparecer, no modificarse. Somos mujeres, no seres inconscientes que van a seguir siendo manipulados. Mira que durante años hemos sido conejillos de Indias de un sinnúmero de laboratorios. Basta ya. Y con todo ello no hay un método cien por ciento efectivo; si no dime ¿cuántos niños de píldora o diafragma conoces?... Las medidas de este tipo pueden tener muchas intenciones (no creas que la modificación a la ley del aborto en Nueva York, la ganamos con el movimiento) sobre todo en contra de la gente poco privilegiada. En lo que debería pensarse es en tener, por ejemplo, clínicas gratuitas en las comunidades que, de acuerdo con las mujeres, planifiquen la población.

Sobre el pequeño grupo: oír resonancias y tejer solidaridad, ayuda

...En las sesiones de orientación, donde concurren de 40 a 70 mujeres, se les habla del movimiento en general, luego nos dividimos en pequeños grupos. Los grupos tienen algo en común: la ocupación, el rumbo donde se vive o simpatía a primera vista. En la primera sesión se crea un ambiente tal que puede contar lo que has venido a decir: la opresión que sufres. Para nada forzamos este tema, compartido además por todas. Esperas a que te pregunten, que alguien comience, ya que la reserva es parte del “pudor femenino”. De repente alguna habla, no es fácil, te lo aseguro, es una experiencia altamente emocional; cuando una lo ha hecho, otra comienza y hay un intercambio de afecto, y para extrañas que nunca antes se han visto —y no pocas veces surgen puntos de vista conflictivos— esta experiencia es sorprendente, totalmente nueva pues el clima que se crea se lo ha negado la sociedad, los hombres y ella misma.

Del movimiento de liberación de la mujer

Tú puedes hacer algo afuera, actuar, y eso es político. Mira, yo no puedo hablarte del Movimiento. El Movimiento lo eres, lo vives. Es reconocer tu situación, es reconocer que tu opresión no es personal, es de todas. Y cuando entiendes esto has dado un gran paso. Dejas de pensar que eras rara, porque sentías que algo quería emerger y ha aflorado, no sólo en ti, sino en las mujeres que conoces en el movimiento. Y creo que entonces puedes hacer algo afuera; hacer, entiendes y eso es político. Sólo un movimiento que está en contacto con lo más vital de ti, podrá construir algo que te lleve a donde quieres. Para mí es un proceso de disciplina, un cambio de conciencia y sensibilidad: mirar el mundo de otra manera.

De las mujeres

...¡Basta ya! Quién cocina más rico, quién se viste mejor, quién impresiona más a los hombres, quién tal, quién cuál —pequeños juegos competitivos— que crean barreras muy estúpidas entre las mujeres. Ahora trato de identificarme con la mujer que está en la peor situación, la más oprimida, la más fea, ¿entiendes?, empiezo a actuar de manera diferente y esto repercute en el cambio de actitud ante la lucha con tus hermanas.

¿Cuál identidad?

...Quiero ser yo misma, pero no sé cómo. He perdido hasta mi nombre. En casa todos tienen un rincón propio, yo tengo toda la casa, o sea no tengo nada. La única forma de cambiar la situación era casándome pasé de un dueño a otro y he sido hija —estudiante, esposa y madre—. Me falta el último paso, la muerte y aún no sé quién soy. Todas las niñas juegan con muñecas, a mí nunca me gustaron, recuerdo las mías y las comparo con las más recientes y cada vez son más monstruosas... La Barbie de hoy es perversa ¿la has visto? Me angustia ver en las jugueterías los implementos caseros para enanos y los instrumentos para fomentar la creatividad, éstos últimos fueron sólo para mis hermanos. Yo crecí en Liliput y vivo en un invernadero pero ya no más. Quiero estar sola, sin mis "buenos principios", sin mi seguridad artificial, sin mis múltiples objetos que no necesito; quiero arrancar desde cero para llegar a constituirme...

De la reacción de algunos compañeros radicales

...Mira, tolero la reacción negativa de muchas gentes ante el Movimiento, entiendo la burla del hombre de la calle que teme perder el objeto de referencia de su virilidad; el interés de los medios de difusión por desvirtuar lo que queremos alcanzar; el rechazo y el miedo de muchas mujeres, pues no es nada fácil reconocer tu situación y dejar las muletas a un lado; lo que no acepto es la posición de muchos militantes de izquierda, "revolucionarios" sabes, que creen estar enterados de lo que queremos hacer, pero luego procuran por los medios más sofisticados destruirte, degradarte. ¿Cómo pueden valorar la opresión de las gentes del tercer mundo si no son sensibles a la de la persona con quien viven? Y en sus manos debe estar la revolución ¡ah no! La revolución la vamos a hacer los que hemos sido más oprimidos: los negros, morenos, los rojos y amarillos y las mujeres, negras, morenas, amarillas, rojas y blancas. Una izquierda genuina no considera el sufrimiento del otro como irrelevante o merecido, ni se aprovecha de él para llegar otra vez al mismo lugar. Olvídalos, todavía no se dan cuenta que la discriminación racial y sexual es tan vieja como los límites de la historia, que todavía vivimos con ella; y que la revolución la hacemos todos juntos o nadie.